Para una Sociología de la América [1]

*Por el Lic. Vinicio RODRIGUEZ DE LA VEGA.—Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.**

EL PENSAMIENTO SOCIAL ANTERIOR A COMTE

LOS fenómenos sociales, estudiados ahora por la Sociología, existieron, evidentemente, mucho antes de la formación de esta ciencia. Lo específico social es añejo, tanto como la Historia. En una visión panorámica de la Historia nos es dable columbrar la compleja existencia de las sociedades desde las civilizaciones más antiguas. Pero aún más. En los pueblos anteriores a las grandes culturas históricas, los problemas sociales, las actividades humanas, ofrecen una gama riquísima tan complicada como la que en Europa se ha desenvuelto. Esto nos entrega la moderna investigación de la etnología.

Si en estos pueblos de vida social aparentemente sencilla, el estudio de la Sociología encuentra un complejo social tan intenso,

1 La orientación central de este trabajo la debo a mi maestro, el doctor José Medina Echavarría, de quien estoy sentidamente agradecido.

* Nuestro colaborador, Vinicio Rodríguez de la Vega, joven, cultísimo y talentoso discípulo del Dr. José Medina Echavarría, murió, como aquel otro talento privilegiado que fué René Barragán —miembro del Instituto de Investigaciones Sociales—, prematuramente, sin haber podido realizar las magníficas promesas de su espíritu.

obvio es que, en las culturas de significación histórica como Egipto, Grecia, etc., los problemas sociales —objeto de una problemática sociológica— abundan.

Esta realidad social, empero, no se estudiaba en sus rasgos específicos, delimitándola, estrechando sus contornos y sus relaciones en una disciplina cultural propia. No existiendo esta observación concreta, los fenómenos sociales, sin embargo, se estudiaban de manera indirecta en otras disciplinas de la cultura. Por esto hay que explicarse el buscar las fuentes de la Sociología en actividades del espíritu de vario estilo. [2]

En Grecia, de este modo se destaca, en los pensamientos filosóficos, referencias a *lo social*. La importancia de estas referencias es no tan sólo ocasional sino que encierra, en su conjunto, *coherencia*. [3] Ciertamente. Desde los estudios de Heráclito sobre el devenir, y de Protágoras, hasta las fértiles construcciones de Platón y Aristóteles, se articula el temario de un pensamiento sociológico griego.

Posteriormente, entre los romanos, interesa desentrañar el pensamiento social de sus grandes juristas. La organización de su política, sobre todo desde la fundación de la República, revela un profundo conocimiento romano de la realidad social de la época. Debido a este profundo conocer el Derecho romano se antoja, asimismo, como el supuesto legislativo que más se ha adecuado a las condiciones sociales de su tiempo.

En la Edad Media la filosofía de la Iglesia Católica ha brindado, también, intensas sugerencias de carácter sociológico. En

2 Los sociólogos contemporáneos se ven precisados a considerar teorías de carácter social expuestas, por sus autores, mucho antes de la formulación científica de la Sociología. Así Sorokin P. A.: *Les Théories Sociologiques Contemporaines*, Wiese Leopold von: *Sociología. Historia y Principales Problemas*. Menzel Adolfo: *Introducción a la Sociología*. Por lo demás, en la Filosofía contemporánea se propende a dar una fundamentación a la Sociología. Así lo hace el existencialismo. Las obras de Max Scheler, Lansberg y Ortega y Gasset representan la más vigorosa realización de este afán.

3 Véase Menzel, *opus cit.* pág. 7.

San Agustín, precisa reconocerlo, existe una filosofía de la Historia aparejada con múltiples consideraciones que corresponden —por su cuadro estructural— a la Sociología. En Santo Tomás, de manera análoga existe, en rigor una Sociología. Claro que al través de su creencia y de su época. Así estructuraban, aquellos pensadores, la vida social en un orden referido, en última instancia, a Dios. Para los pensadores católicos medievales el hombre tenía una doble naturaleza: la individual y la social. Como individuo correspondía a la relación de eternidad entre su alma y Dios. Como ser social formaba parte de la comunidad civil, histórica, transitoria. Adentrándonos en la filosofía medieval, sostenida en el presente por el neotomismo, nos es factible delinear los bosquejos de una Sociología católica.

Mas no tan sólo desde la vertiente de la filosofía se han estudiado los fenómenos sociales, también en el derecho, en la política y en la religión, la realidad social ha aflorado. No nos es posible, en el escueto marco de este ensayo, desarrollar las peripecias del pensamiento social en estas disciplinas. Un estudio de esta índole, sería harto fecundo. Pues con ello se advertiría, hasta qué punto, las inquietudes sobre lo social han impuesto su conocimiento radical.

Interesa, no obstante y aunque fuese en ámbitos provisionales, subrayar la presencia de reflexiones sociológicas, tanto en la filosofía moderna, como en el derecho y en la política europeas posteriores al Renacimiento.

Es archirrico el pensamiento occidental en este respecto. Cuando pensamos en el humanismo y en sus consecuencias; cuando rastreamos la tradición filosófica que va de Descartes a Leibnitz, cotejándola con la trayectoria seguida por Erasmo, por Locke, por Montesquieu, y por Rousseau; cuando enfocamos este proceso ideológico en la Revolución Francesa, advertimos su honda significación social. Y bien; la transformación que el liberalismo intentó en la Historia, no se hubiera llevado a cabo sin un tupido

conocimiento de la sociedad europea, nutrido, durante tres centurias, —XVI, XVII y XVIII—, de incesantes meditaciones sociológicas.

Lo apuntado sólo quiere decir esto: antes de Augusto Comte no hubo *ciencia sociológica;* pero si existió, de modo en extremo evidente, la *problemática* de lo social. Existieron innumerables intentos hacia el conocimiento de la sociedad; pero les faltó método y sistemática. Antes de Comte, en suma, la Sociología no existió como *ciencia* sino como *interrogante* siempre confusa y siempre presente, desperdigada entre las variadas manifestaciones de la cultura: el derecho como la religión, la filosofía como la política.

LA SOCIOLOGIA COMO CIENCIA

La significación de Comte se plasma en haber creado el nombre de "Sociología" y en haber descubierto su posibilidad como ciencia. La angustia de la nueva disciplina, desde entonces, consistió en encontrar su objeto específico de estudio como las técnicas de investigación. Largo fué este proceso de integración. Tan sólo recordemos las distintas interpretaciones que los sociólogos sostuvieron, en el pasado siglo, y se aclarará, ante nuestra mirada actual, el penoso sendero de la Sociología para llegar a afirmarse como ciencia.

Observemos sin embargo que, en este período formativo de la Sociología, existió un enfocamiento de la problemática social desde una nueva posición intelectual. En contraposición a los tiempos precedentes, no se esfumó el estudio de alguna realidad social concreta entre los contenidos de la política o de la filosofía. Ya desde Comte se iniciaba nueva dirección, se abría un mundo hacia el cual se podía entrar sin menester de las restantes ciencias del

espíritu como puntos de partida.[4] La discusión de los métodos era en realidad tarea secundaria ante la riqueza, en perspectivas sociales, del nuevo conocimiento. Por ello la Sociología empezó a influenciar convirtiéndose, según la expresión de René Barragán, en la "ciencia de nuestro tiempo".[5]

LA SOCIOLOGIA Y LA CRISIS

José Medina Echavarría nos ha hecho ver la posibilidad de que la Sociología se haya producido como fruto de la crisis contemporánea.[6] Este pensamiento, de abierta sugerencia, tiene un trasfondo histórico de verdad.

Cuando las ideas liberales triunfaron, Europa vivió años de inquietud crítica. No era posible que, entre la vieja época monárquica, y el tiempo democrático, no se hubiesen generado procesos sociales, cambios, dentro de los cuales el hombre y la sociedad se sintieran en crisis. Evidente es el desasosiego en tamañas circunstancias. De aquí los fermentos sociales del siglo XIX europeo y mundial. Las revoluciones de 1830 y de 1848, no francesas tan sólo, sino europeas, se explican, en su dintorno, como luchas tremendas entre el tiempo ido y el llegado, entre el nuevo programa ideológico y el añejo cuadro de presiones sociales o "formas mentales colectivas".[7] Para la inquisición del sociólogo, en este choque se produjeron oposiciones entre dos concepciones distintas del mundo y la vida. Ideas centrales sobre el Estado, la familia, la economía, el derecho, la religión se encontraron frente a frente. Y esto en Europa como en América. Por algo fueron coetáneas

4 A pesar de que algunos sociólogos, en actitud de crítica niegan la existencia de la Sociología en Comte, —diciéndonos que por la Ley de los Tres Estados es una Filosofía de la Historia—, es evidente la presencia de la ciencia sociológica. El método comtiano, al estudiar lo social, encierra innegable fisonomía científica.

5 Véase *Bosquejo de una Sociología del Derecho*. México. 1938.

6 Véase *Panorama de la Sociología Contemporánea*.

7 La expresión "formas mentales colectivas" la emplea Antonio Caso en su *Sociología*.

las convulsiones sociales del Occidente y los aconteceres hispanoamericanos de independencia.

Fué este espectáculo de cambio, de inseguridad en definitiva, lo que urgió a los pensadores a buscar un orden para impedir el caos. En el seno de este anhelo nació la Sociología; con la cual Augusto Comte propuso nuevo orden social, capaz de evitar la inestabilidad social y política. Esto nos muestra, por tanto, el surgimiento de la Sociología como designio por hallar una solución a los problemas sociales inmersos en la crisis.

La crisis del XIX se superó en apariencia cuando, a partir de 1875, el mundo vivió en paz. La política liberal proporcionó, si se quiere, densa armonía social. Progresaron, como nunca en la Historia, las ciencias. De estas se hizo la técnica —"archimágica", nos dice José Ortega y Gasset—, en medio de una civilización estratificada, madura. Florecieron la industria, el maquinismo, el comercio mundial. En la cúspide de este escenario esplendió el derecho dando seguridad a los hombres y a las naciones. Para el espíritu liberal esto significó el estadio perfecto de la Historia, la meta, el cumplimiento del último fin . . .

Dos hechos, empero, fueron conformándose desde el corazón del liberalismo: el *capitalismo* y el *socialismo*; la doctrina de los grupos detentadores de la gran industria, y la doctrina de los grupos sometidos al engranaje social de la burguesía. Paralelamente a estos dos hechos, todos los factores sociales fueron, en sus cavidades, descomponiéndose. Para 1910 el orden del liberalismo había concluído. Desde 1910 el mundo respiró nuevamente la tensa atmósfera de una crisis todavía no superada hasta hoy. Y así como en la crisis del siglo XIX nació la Sociología construyendo soluciones de "salvación", en nuestros días alcanza una importancia de primer orden. La crisis acelera el progreso de la Sociología. No porque esta ciencia se plazca en estudiarla, sino porque en su angustia se esfuerza en domeñarla y pautar otra época. Por eso ha

podido decirnos Karl Mannheim: "Hay que saber aprender de la crisis",[8] agregando: "Vivimos unos tiempos que ofrecen al cultivador de las ciencias sociales, como campo de experiencias nuevas, su propia e inmediata actualidad. La Sociología de la Historia a base de fuentes históricas encuentra muy pronto sus límites en la mezquindad de esas fuentes, que la mayor parte de las veces sólo a través de interpretaciones de conjunto descubren la oculta conexión del acontecer. Claro está que tampoco la Historia que se vive evita la interpretación — pero su ventaja estriba en poder extraer de la plenitud de lo que nos es presente la fisonomía de las cosas y la confluencia de las fuerzas".[9]

ESQUEMA SOBRE LA FUNCION SOCIAL DE LA SOCIOLOGIA

Un problema actual es el relativo al sentido de la Sociología como ciencia social. Un bosquejo del mismo no se puede emprender sin hacer mención histórica acerca del sentido de las ciencias.

Se ha dicho, con insistencia que se repite de época en época, que el fin de la actividad científica consiste en dar al hombre suficientes armas para ser rector de su vida; de su vida en relación con la Naturaleza y de su vida en relación con la Cultura. Este desideratum, rigurosamente, se ha ido cumpliendo en el decurso de la investigación científica de la Naturaleza. De aquí la tesis, tan defendida y criticada, del progreso en las ciencias. Pero alejados de esta polémica, —la cual alcanza central importancia cuando se plantea en la perspectiva filosófico-histórica—, podemos reconocer el éxito de las ciencias naturales en cuanto medios de combate humano en contra de la Naturaleza. Los fenómenos naturales son desentrañados de su interior acontecer por la Física, por la Biología, por la Química. Este conocimiento, sobre todo

8 *El Hombre y la Sociedad en la Epoca de Crisis.*

9 Véase Medina Echavarría, *opus cit.*, en donde se advertirá la pujanza del pensamiento sociológico actual.

desde el siglo XIX, se ha transformado en numerosas técnicas que otorgan *seguridad* a la vida humana. El hombre, siguiendo los consejos de Bacon —piénsese en el Novum Organum— ha abandonado los prejuicios sobre el mundo para tener un dominio del mundo al través de su conocimiento.

Es incuestionable. En las ciencias naturales podemos contar, en nuestros días, con estimable porcentaje de previsibilidad. No por otra cosa sorprende la técnica en sus anchas formas de aplicación. Claro que infinitud de fenómenos naturales escapa todavía a la consideración del sabio. En la Física moderna este ignorar se traduce en audaces investigaciones, constatadoras de una existencia que haría cambiar los actuales métodos de la ciencia, en caso de ser conocida. En la Biología sucede otro tanto. Esto provoca inquietudes en la metodología científica; pero de fecundos resultados. Pues lo fundamental, en todo caso, es la utilidad para la vida, para la existencia humana, del conocimiento científico de la naturaleza. Y este ha sido el fruto de las ciencias naturales.

Precisa preguntar, ahora, por los beneficios prácticos de las ciencias sociales. La crítica ha sido severa en este aspecto. Se ha llegado a negar la validez a esta clase de investigación científica por su escasa resonancia en la vida. En efecto; ¿cuál es la utilidad de la economía si su estudio no supera las crisis acontecidas lo mismo hoy que cuando no había crisis económica? ¿El derecho político ha mejorado, acaso, las condiciones de la vida civil? ¿La Historia nos previene de nuevas decadencias? ¿Y la Sociología es capaz de estructurar la sociedad conforme a un orden racional. en cuyo seno no se filtren irracionales impulsos? . . . Para el hombre de ciencia, el hecho de que su disciplina no haya alcanzado la meta, no significa fracaso alguno. Pero la sociedad, impresionada por el éxito de las ciencias naturales, exige a las ciencias sociales parejo triunfo. Mas como esto no puede ser en el presente, se pone en tela de juicio el sentido de estas disciplinas culturales. Mirada la cuestión desde los planos de la realidad vivida hoy, la misión

del sociólogo o del economista se antoja, es verdad, especulación vacía, de "gabinete", ajena al exterior y angustioso ajetreo de los acontecimientos. Para esta fuente de observación es el político, el hombre de empresa, el único que actúa a la altura de las circunstancias. Bien. Y siendo consecuentes con el presente, justo es admitir que no nos han dado las ciencias sociales, todavía, la orientación debida en cuyo seno el hombre, y la sociedad hallen reposo, descanso del ímpetu crítico de nuestro tiempo; en suma: seguridad sobre el presente y sobre el porvenir inmediato. Los hechos se desarrollan, como dijera Spengler, con el hombre o en contra del hombre; los fondos irracionales de la Historia conmueven hoy al mundo con sucesos que están más allá de toda ciencia y de toda moral. En las condiciones del presente confluyen numerosos factores sociales no controlados aún por la ciencia social. El mundo de la Historia, en rigor, no pertenece al científico como en el mundo de la Naturaleza. [10]

Pero insistamos. El sentido de una ciencia no estriba en el triunfo de sus resultados sino en la problemática. El hecho de que las ciencias sociales no hayan cuajado en técnicas como las naturales, no quita, en modo alguno, validez al esfuerzo de la investigación. Esto debe sostenerse. Contrariamente se ingresa en agudo escepticismo condicionador, en todo caso, de un *no hacer* cuya meta final es la declinación irrefragable, la muerte del *nous*. [11]

Enfocando este problema a la Sociología se destacan dos interpretaciones fundamentales. La una, de crítica al "cientificismo", pide a la Sociología procedimientos adecuados para mejorar la vida social. La otra, oriunda de la propia Sociología, demarca las fronteras de la ciencia en sus estratos de pureza y en su signi-

10 Véase en relación con esto el artículo de Medina Echavarría intitulado: "Sobre la investigación social en nuestros días". *Revista Mexicana de Sociología.* Cuarto Trimestre de 1940.

11 Pensemos en el Derecho Internacional. Comúnmente se cree que por no actualizarse coactivamente no existe. Quienes así piensan olvidan el carácter deontológico de todo derecho, en tanto que tiende a realizar sus valores específicos.

ficación cabal. Para los primeros, toda Sociología debe contener una política. Para los otros, en cambio, la Sociología no tiene por qué acabar en plataforma de partido. En el fondo, estas dos actitudes sobre la función social de toda ciencia, consistentes en defender, o bien la misión social de la actividad intelectual, o bien la pureza en la formación de las ciencias, son características. Es así como algunos sostienen la *misión política* de la Sociología, en tanto que otros hacen alusión, con exclusividad, a su *misión científica.*

Creemos, por nuestra parte, que la actitud consecuente se sitúa en el término medio. No con forzocidad el científico ha de tener en su mente la representación de la utilidad social de la faena emprendida. Problemas de método, de investigación, se resuelven en estados de ánimo en los cuales, para el hombre de ciencia, no hay otro existir más que ese, de corte académico, que está viviendo. Einstein puede pensar, en un instante *evocador* del mañana —permítaseme la expresión—, en la extraña técnica que será posible con su Física; pero es más seguro su encierro, en tan profundos momentos de observación y reflexión en el mundo estructural de su ciencia.

En la Sociología existe, es indudable, preocupación sobre su auténtica misión social; pero ésta no se cumpliría sin previos discursos metódicos sin los cuales —y a pesar de ser "academismos"—, cualquiera misión, social o meramente académica, sería en abundancia improbable y hasta imposible.

Es evidente que la política, por ejemplo, necesita, en nuestro siglo, de supuestos científicos. Los problemas sociales, más complejos que en otra hora y de mundial resonancia, escapan para su solución a la mente de la improvisación política. Por ello una política social que propenda a "mejorar" la vida humana necesita fundarse, precisamente, en el *conocimiento* de esa realidad social que trata de reformar.

Ahora bien; el conocimiento de esta realidad lo da la Sociología.

En consecuencia: el sociólogo, en tanto que hombre de ciencia, no necesita sino actuar dentro de su esfera para cumplir, de manera indirecta, fecunda función social, consistente en entregar, al político como al jurista, al filósofo como al economista, el conocimiento estructural de la sociedad en cuyo seno vivimos y actuamos. Sólo en este sentido nos es permitido hablar sobre la función de la Sociología como ciencia social. Su misión, insistimos, no estriba en confeccionar módulos de conducta política. Este puede ser uno de sus muchos aprovechamientos; mas no el único. Pues análogo servicio, y para distintos fines, puede prestar a otros hombres y a otros sectores sociales. Por lo demás, no es la política la única actividad social teleológica. Y cabría, todavía, distinguir el carácter *ideológico* de toda política; lo que nos llevaría, seguramente, a la explicación de la actuación del político al través de determinada concepción del mundo y de una muy concreta fisonomía ética. Esto nos hace entrever, en último análisis, que la política toma sus metas NO de la Sociología sino de la Filosofía social. Porque la Sociología no muestra nunca metas ideales sino realidades sociales concretas y actuantes, permanentes. La Sociología no estudia el *sentido* del acontecer social sino las *leyes* de las constantes sociales. La Sociología, como ciencia, tiene una tarea modesta pero significativa: *conoce la realidad social,* lisa y llanamente; no desentraña, como la Filosofía, su sentido en relación con los valores de la cultura, ni fija los puntos ideales hacia donde deba converger la plenitud de la vida social para su progreso. [12]

12 En este concepto fundamenta Antonio Caso la diferencia entre Sociología y Filosofía de la Historia. Y Novitza Kralyevitch, en su obra intitulada: *La portée théorique du glissement du droit vers la sociologie,* piensa que la Sociología debe examinar, inductivamente, la realidad social, abandonando conceptos intuitivos acerca del sentido de la sociedad y de la Historia.

LA REALIDAD SOCIAL AMERICANA

Cuando se piensa en América surge, del fondo de la Historia, la clásica división entre angloamericanos e hispanoamericanos. A estas dos tierras de América se las estima como dos mundos aparte. Y no solamente los hombres de América establecen esta diferenciación tajante, sino que el europeo, así como el oriental, jamás se refieren al Continente Americano sino a los sajones o a los hispanos. Para algunos pensadores, como Hegel y Keyserling, se trata, en América, de dos destinos apartados y distintos. Hegel piensa que la Historia de América no empezará sino cuando comience la gran contienda entre el Norte y el Sur . . . Y Keyserling, en sus "Meditaciones Sudamericanas" espera, para lo porvenir, una revelación iberoamericana de cauces espirituales más vigorosos que los del actual mundo norteamericano.

Esta idea de América se funda en una visión retrospectiva. Desde este punto de observación es inexorable el distinto origen de los actuales pueblos americanos. Los sajones pertenecen a una comunidad social diferente a la de los hispanos. Históricamente son dos mundos alejados. Empero, sociológicamente hay que considerar, en primer término, el fondo común entre sajones e hispanos: ambos son de América. Además precisa subrayar las analogías operadas en los complejos sociales del Norte como del Sur. Las sociedades de América, en sus cuatrocientos años de existencia, se han modelado al tenor de circunstancias muy similares que nos hacen advertir, por su contextura, la posibilidad de formular una Sociología Panamericana. Esta nueva idea es lo que ha sugerido a Medina Echavarría la búsqueda de la "expresión de América". Es concebible este afán puesto que en Europa hay expresión propia impresa en todos sus pueblos. Del mismo modo en Asia, existe la expresión oriental, muy distinta a la del Occidente y peculiar entre las variadas sociedades de aquel añoso mundo.

El panorama social de América es descubierto, desde esta perspectiva, en su frondosa realidad. Si. Hay una América del Norte y otra del Sur. Las raíces de la una están en Inglaterra; las de la otra en España. La oposición que en Europa puedan significar estas dos naciones se traduce al ambiente espiritual de los angloamericanos y de los hispanoamericanos. La común expresión occidental también se manifiesta en sus fundaciones. Claro está. Todo esto hay en América. Pero existe algo más: y esto es la realidad social americana condicionadora de un solo y nuevo mundo que busca su originalidad en la Historia, su "expresión".

¿Podemos decir que América ha encontrado ya su expresión? Es posible. Mas esto tiene que investigarse, sometiendo la vida social americana a la observación del sociólogo. Después de intenso y generalizado estudio es factible deletrear la fisonomía sociológica de la América. En las condiciones de la investigación radica el conocimiento de lo específicamente americano.

*

* *

En los Estados Unidos la Sociología se cultiva vigorosamente desde el año de 1876, fecha en que se fundó la Universidad John Hopkins. Lo característico de la investigación ha sido las constantes aplicaciones a la realidad. No preocupados en lo fundamental por las cuestiones teoréticas, los norteamericanos han traducido siempre los progresos de su ciencia en reformas sociales. [13] Esto ha tenido, por supuesto, significación en la vida norteamericana. En el fondo este cariz de la Sociología en los Estados Unidos es reflejo del espíritu práctico del yanqui. Como en las restantes manifestaciones de la cultura, aquí también florece su concepción utilitaria del mundo y la vida.

En la hispanoamérica, en cambio, el cultivo de la Sociología, aunque intenso, ha tenido muy otras manifestaciones. En un prin-

13 Véase Medina Echavarría: *opus. cit.*

cipio es posible advertir pensamiento social en la política; pero en donde las ideas sociológicas han cuajado hondamente es en la literatura. Las obras literarias de Hispanoamérica han sido expresión del alma nuestra. En ellas aflora la imagen de nuestra existencia social. Desde los tiempos de la Colonia la literatura ha sido fuente de conocimiento social. Por eso sería fecunda una revisión de las ideas sociales en la literatura hispanoamericana.

La Sociología en Hispanoamérica se ha expuesto asimismo en los estudios históricos. Casi sin excepción, el historiador hispanoamericano no se limita a la escueta narración de los hechos sino que intenta desentrañar su lógica oculta. En este aspecto, quizás, es en donde podríamos, con holgura, seguir la trayectoria del pensamiento sociológico hispanoamericano. Y no tan solo en años anteriores al positivismo, sino que, incluso en nuestros días, la inquietud del sociólogo está presente en las obras históricas.

Cuando la influencia positivista se tradujo en numerosos ensayos sociológicos, la preocupación central fué, desde entonces, la estructura de la ciencia más que los problemas vivos. Este dato ha distinguido, desde luego, a la Sociología hispanoamericana de la de los Estados Unidos. En nuestras naciones ha sido lo dominante el carácter teórico de la Sociología. Ha habido, propiamente, más especulación que investigación. En oposición a la Sociología norteamericana nos preocupan más las estructuraciones teóricas que los resultados prácticos.

Estas dos tendencias no se excluyen. Contrariamente: se complementan. La Sociología norteamericana encierra la significación de ofrecer, al sociólogo, inestimable caudal de experiencia. Sobre este mundo investigado la Sociología puede formular sus leyes. Y por otra parte, la preocupación metodológica hispanoamericana encuentra, en la investigación yanqui, propicio campo para su aplicación y funcionamiento.

Comparando, sin embargo, los resultados de los estudios sociales, justo es reconocer que en Norteamérica existe ya una copio-

sa producción fomentada por instituciones privadas y por el Estado. La importancia de este quehacer en los Estados Unidos hace que figure su aportación, de manera sensible, en el estado actual de la Sociología en el mundo. Tan sólo podríamos estimar el movimiento sociológico alemán superior al yanqui. Pero esto si atendemos al ángulo metodológico, porque en la esfera de la investigación la americana es más intensa que la germánica.

*

* *

Pero lo que interesa anotar es que urge un conocimiento sociológico de América. Pues al ritmo de este empeño será posible descubrir lo auténtico de este nuestro mundo. Hasta qué punto somos trasunto de Europa, u original destino histórico, nos lo dirá el reiterado estudio del sociólogo.

Bien. En Norteamérica hay mucho realizado. Seguramente que a sus métodos de investigación seguirá la mirada lejana y generalizadora del teórico. A este afán hurgador del actual sociólogo norteamericano seguirá el ordenador de hechos y realizador de las grandes síntesis sociales.

Entre los hispanoamericanos, empero, falta mucho por hacer. Esto no quita, sin embargo, la realidad de entusiasmo y anhelo de conocimiento que nos preside. De aquí que, aunque en el presente no exista una original sociología hispanoamericana, todos los preludios estén hechos. Dentro de pocos años será en extremo valiosa la aportación sociológica en nuestras naciones. Mas esto no lo hemos de esperar del acaso. Los esenciales progresos de la Cultura reposan en generaciones de esforzados. En la *cualidad humana* radica, para hablar con Scheler, la fuente de la Cultura, de la Historia. No cabe duda que las generaciones jóvenes de Hispanoamérica anhelan realizarse en el espíritu. En disciplinas filosóficas y sociológicas el endiosamiento es más profundo, de radicalidad. Precisa entonces, a esta inquietud juvenil que puebla nuestro clima, darle oportunidad de realización personal con resonancia

social. Y para lograr esto no basta con la enseñanza de la Sociología en las principales Universidades de Hispanoamérica. Menester es fundar Facultades de Sociología e Institutos de Investigaciones Sociales en todas nuestras naciones. A semejanza de los Institutos de México, Argentina y del Brasil, deben crearse centros de estudios en las demás repúblicas iberas. Sin la investigación social encauzada científicamente es inconcebible el conocimiento de la realidad social hispanoamericana. Nuestros sistemas políticos; las tradiciones jurídicas y económicas; el vigor religioso del pueblo hispánico; las causas de nuestras crisis profundas; el problema del indio como las relaciones internacionales, etc., podrán descubrirse en su nuclear autenticidad en los intersticios de la investigación y el pensamiento sociológicos. [14] En este ensayo no se desea otra cosa.

14 Hasta el presente no se ha hecho un estudio completo de la realidad sociológica hispanoamericana. Los estudios existentes, como el de José Vasconcelos y el de Keyserling sobre el destino de Hispanoamérica, son de carácter filosófico-histórico. Lo mismo puede decirse de los sugestivos y valiosos trabajos de Samuel Ramos y Eduardo Mallea sobre lo mexicano y lo argentino, respectivamente.

En México los estudios sociales tienen enorme actualidad. En el aspecto teórico fueron iniciados por Antonio Caso. En el ángulo de la investigación, el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional, dirigido por Lucio Mendieta y Núñez, está aportando a la teoría sociológica fecundos datos sobre la existencia mexicana. El concurso de José Medina Echavarría y Luis Recaséns Siches enriquece, de muy sensible manera, el paisaje de los estudios sociológicos en México.